

4ºD. CUARESMA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 9,1-41

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento, Y sus discípulos le preguntaron: -Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?
Jesús contestó: -Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: -Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).
Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: - ¿No es ése el que se sentaba a pedir?
Unos decían: -El mismo. Otros decían: -No es él, pero se le parece.
Él respondía: -Soy yo.
Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.
Él les contestó: -Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.
Algunos de los fariseos comentaban: -Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado. Otros replicaban: - ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?
Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: -Y tú ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?
Él contestó: -Que es un profeta.
Le replicaron: -Empecatado naciste tú de pies a cabeza ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros? Y lo expulsaron.
Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: - ¿Crees tú en el Hijo del hombre?
Él contestó: - ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?
Jesús le dijo: -Lo estás viendo, el que te está hablando ése es.
Él dijo: -Creo, Señor. Y se postró ante él.

¡JESÚS SANA LA VIDA!

Hoy el Evangelio nos muestra a Jesús que **«devuelve la vista a un hombre ciego de nacimiento»**. Pero este prodigio no es bien recibido. En el Evangelio se nos muestra **«cómo procede Jesús y cómo procede el corazón humano»** según sus creencias, situaciones y momentos. Tenemos el corazón humano bueno, el corazón humano tibio, el corazón humano temeroso, el corazón humano valiente.

En primer lugar, antes de la curación, nos encontramos a los discípulos de Jesús, que ante el ciego de nacimiento no se les ocurre otra cosa que el chismorreó. Se preguntan si la culpa de su ceguera sería suya o de sus padres. Se entretienen buscando un culpable, algo en lo que nosotros también caemos. Es lo cómodo, lo fácil, lo superficial, buscar un culpable **«en lugar de ser comprensivos y compasivos con el prójimo»**.

Y una vez curado el ciego, vemos que las reacciones son variopintas. La primera es la de **«los vecinos»**, que se muestran **«escépticos»**: “Este hombre siempre ha sido ciego: ¡no es posible que vea ahora, no puede ser él, es otro. Ellos **«no lo entienden»** y lo mejor es no complicarse la vida, no entrar en el problema. **«Tienen miedo»**, temen a las autoridades religiosas y no se pronuncian. En todas estas reacciones, emergen **«corazones cerrados frente al signo de Jesús»**, porque no saben sorprenderse y porque, bloqueados por el miedo, no se atreven a cambiar.

Muchas situaciones de nuestra vida se parecen hoy a esta. Despreciamos fácilmente el testimonio de quien se ha encontrado con Jesús y lo ofrece, con gran alegría, como fuente de bien. Preferimos buscar argumentos para aferrarnos a nuestro yo en lugar de **«dejarnos sorprender por la fuerza sanadora de Jesús»**.

«El único que reacciona bien es el ciego». Feliz de ver, testimonia lo que le ha sucedido de la forma más sencilla: **«Era ciego y ahora veo»**. **«Dice la verdad»**. Antes se veía obligado a pedir limosna para vivir y sufría los prejuicios de la gente. Ahora, totalmente curado da testimonio de Jesús.

No tiene miedo de lo que dirán los demás. El sabor amargo de la marginación, la indiferencia y el desprecio de los transeúntes los ha sufrido durante toda la vida y ahora, curado, ya no teme esas actitudes de desprecio, porque **«Jesús le ha dado plena dignidad»**. Y esto es claro, sucede siempre. Cuando Jesús nos sana, nos devuelve la dignidad, **«la dignidad de la sanación de Jesús»**, una dignidad que surge del fondo del corazón y que invade toda la vida.

Y además en sábado, Jesús delante de todos, le ha liberado y le ha dado la vista sin pedirle nada, ni tan siquiera un gracias, y él **«da testimonio»**. Esta es la dignidad de una persona noble, de una persona que se sabe curada y que empieza de nuevo, que renace a la vida.



Con todos estos personajes el Evangelio de hoy nos pone también a nosotros en medio de la escena y nos invita a hacernos preguntas. ¿Sabemos, como el ciego, **«ver el bien y ser agradecidos»** por los dones que recibimos? ¿Testimoniamos a Jesús o difundimos críticas y sospechas? ¿Somos libres frente a los prejuicios o nos asociamos con los que difunden negatividad y chismes? ¿Nos sentimos dichosos de saber que **«Jesús nos ama y nos salva»** o, nos dejamos enjaular por el temor de lo que pensará la gente? ¿Cómo acogemos a las personas que tienen limitaciones en la vida, ya sean físicas, como este ciego, o sociales, como los mendigos que encontramos por la calle? ¿Los consideramos como un mal social a soportar o como **«ocasión para hacernos cercanos a ellos con amor»**?

Pidamos hoy la gracia de **«sorprendernos cada día por los dones de Dios»** y de ver las diferentes circunstancias de la vida, también las más difíciles de aceptar, **«como ocasiones para obrar el bien»**, como hizo Jesús con el ciego. Que la Virgen nos ayude en esto. ¡Buena y santa Cuaresma siguiendo las huellas de Jesús! ¡Que así sea!